María Josefa Canellada: *Penal de Ocaña.* Editorial Bullón. Madrid, 1964.

Una visión más de la literatura novelístico-documental que viene a captar esencias y verdades del terrible conflicto fratricida 1936-1939. ¿Otra nueva? No nos encojamos de hombros frente al tema, aunque muchos prefieran olvidarlo ya: van pasando los años y los testigos presenciales desaparecen, con la correspondiente pérdida para la posteridad que (sean cuales sean sus ideologías) necesitará de cuantos testimonios haya para comprender aquella página de historia hispánica. Además, conviene insistir en el especial valor de una obra enfocada desde lo palpable y vital de la novelística, a condición, desde luego, de que esa obra tenga claros méritos artísticos.

Este hermoso librito de María Josefa Canellada satisface al sensible lector que anda en busca de los valores mencionados. Acojámoslo con el entusiasmo que merece. Es la única «pieza de ficción seria que la autora ha publicado hasta ahora (cosas del azar: la censura oficial la había rechazado hace unos ños, pero la ha aceptado ahora) entre sus numerosos trabajos científicos en el campo filológico-lingüístico.»

Sirve de marco a la narración una ficción tradicional, estilo Quijote: una cuaderno de diarios llega, por casualidad, a manos de la autora, quien lo transcribe. Tenue velo, por cierto, que no llega a ocultar lo autobiográfico de la novela. Dice la autora, en la página preliminar, que no lo ha retocado ni pulido, «para que no pierda el agrio sabor de autenticidad que rezuma», lo cual puede significar o bien que se trata de auténticas notas tomadas por ella sobre la marcha, o bien de un logrado esfuerzo de técnica narrativa. Como sea, este libro es un dialogar —vibrante de honestas intimidades— con la humanidad.

La acción transcurre desde el 2 de octubre de 1936 (primera entrada) hasta el 30 de noviembre de 1937 (la última), o sea, un año y dos meses. La primera mitad del libro, exactamente, tiene por escenario a Madrid, mosaico visceral que nos permite entrever «... calles sucias, con faroles oscuros que han pintado de azul..., ruido de fusilería toda la noche en la calle y sirenas de alarma aérea..., en las tapias largas del Retiro unos letreros que empiezan 'Camarada embajador, dile al pueblo ruso que'..., aviones que tiran montones de hojas..., un altavoz de un camión militar de propaganda..., caravanas de gentes que suben de las barriadas extremas trayendo sus bártulos..., escombros..., casas ardiendo..., desolación...; pero la vida sigue, y los comercios tapan las entradas casi del todo con sacos terreros..., y los obuses caen sin cesar...».

La segunda mitad del libro tiene lugar en Ocaña, donde, fuera del presidio, propiamente no pasa nada; de modo que, al encerrarnos allí, todo se hace más introspecto. Al pueblo le han saqueado sus iglesias, sus sepulcros viejos, retablos... ¿Dónde murió don Rodrigo, el Maestre, dónde vivirían Casilda y Peribáñez y el Comendador? En el interior de la enorme e informe mole que es el hospital, antiguo penal, allí se mata una mula de vez en cuando para alternar con la eterna carne rusa; hay «rincón de cultura», con banderines y montones de folletos de propaganda marxista; un piano desafinado, que todos aporrean cuando quieren; también hay paseos de parejitas cuando nace el buen tiempo... Pero lo que predomina son las perforaciones intestinales, la «lenta madrugada, pálida de miedos», las ambulancias que llegan una tras otra «llenando la noche de sobresaltos con la campana de admisión» (los heridos de María Eloína dicen, cada vez que toca la campana, que se muere un herido).

Sobre tales fondos, integrado, está el drama interior de la protagonista, a quien íntimamente llegamos a conocer y a querer. De estudiante de Letras, con sus veinte años, pasa, casi sin preparación, a ser enfermera en los dos hospitales militares que hemos dicho, claro que en zona republicana. Desde la primera entrada del diario, ella nos deja ver que no se satisface con esperar resignada, como hacen las mujeres sentadas al borde de la acera o que forman largas colas para poder comprar leche o carbón. Su voz es la impaciente de la eterna juventud, antepuesta: «Yo no espero nada. No es hora de esperar, sino de hacer.» Cuando, estación del Norte, ve a los soldados partir para el frente, su pena le ahoga: «Se me van todos. ¡Sois todos míos!» Y se marcha llorando antes que arranque el tren: «¡Señor! ¡Señor! ¡Esta exaltada alegría dolorosa de tener por quien sufrir ya!...» Su «exaltada alegría dolorosa», ahí está la nota dominante del libro. Vive temiendo por la vida de sus dos hermanos, en la guerra, y a la vez por la de todos los hombres en el terrible trance, no importa el partido, porque el único enemigo es la misma guerra. Todo su vivir debe ser ya «... dar, cuidar, mimar. A quien sea, a quien esté a mi lado, a quien encuentre, a quien Dios, por su maravilla, hizo estar junto a mí, al alcance —detalle conmovedor— de mis manos grandotas». Los ve morir, a tantos, y lucha, sin tregua, dándose lo más que pueda siempre, con angustia y alegría, furiosamente. Sufre, pero se descubre buscando el sufrimiento, como purificación, y «hoy por hoy, todo mi afán es el profundizar lo más posible en este sentido de sacrificio, de lucha contra el egoísmo, que viene a ser la guerra en cada uno de nosotros».

Es humanísimamente una joven que apenas se despierta a la vida y, novelísticamente, estos lo mejor del libro. De jovencita, la vemos

convertirse en mujer, dolorosamente. La verdad es que, al principio, nuestra protagonista se siente intrigada por la guerra que la suerte le ha puesto en el camino, es decir, por la ahora cercana presencia de la muerte y de la vida que le abraza. Es la joven que ansía conocer, que quiere estar *engagée*. ¿Por qué no pudo resistir la tentación de abrir y leer secretamente una carta escrita por uno de sus heridos (más tarde, cuando sus superiores se lo mandan, se negará a espiarles las cartas a sus heridos)? No era por simple curiosidad, no. «Era por ver, por sorprender desde dentro un aspecto más de la guerra. ¿Cómo sería una carta de un herido de guerra a sus padres, de verdad, fuera de las novelas?» Lo mismo al llegar noticias sobre la guerra, como cuando la toma de Oviedo, «Y yo tengo miedo de que sea verdad y de que no lo sea. De recibir noticias y de seguir sin tenerlas». He aquí la franqueza de una joven a quien la guerra estimula y exalta, y le da oportunidad, con su juventud y su imaginación, de asomarse a la vida. A casi todos nosotros nos ha ocurrido cosa semejante (¿cinta métrica para medir lo que nos queda de espíritu joven?), pero no nos atrevemos a confesárnoslo. Y esto, lo que expresa la joven protagonista, nos hace pensar, trémulos, en los jóvenes muertos en la guerra, que a lo mejor pensaban o sentían lo mismo.

Para contrapesar un poco tanto dolor, hay ráfagas de humor muy humano, a veces irónico. El hermano de la protagonista le cuenta lo útil que en el frente le ha sido todo lo que ella le había empacado tan cuidadosamente en la mochila, como por ejemplo el cepillo de dientes con que limpiaba estupendamente la recámara de su fusil. Frente a un importante enfermo miembro de la Directiva del Partido, que en vez de sábanas ásperas y cuarteleras tiene en la cama un hermoso juego de hilo y un cubrecama de piel de guanaco que es una verdadera maravilla de suavidad en la mano, suspira parentéticamente, «¡Ay, el régimen más o menos comunista!» Compra un nuevo termómetro para reemplazar al que ha roto, y le dice risueña la teniente, al felicitarla por ello, que es el primer trasto roto que se ha pagado en el hospital. De buena gana se corta el pelo al rape, por los piojos dejados en el penal y que lo invaden todo. Ufana habla de cómo en su sala se las arreglan ella y su compañera para beneficiar a los heridos suyos, pues «En las otras salas no sabían falsificar vales para café con leche...»

El estilo, como se supone y se ve, es de frases cortas, lacónicas, como escritas de prisa, perfectamente apropiadas para un cuaderno de diarios de guerra. No obstante, las frases también suelen ser rítmicas, plásticas, evocadoras, hasta poéticas, con repentinas imágenes que brillan como a la luz de la inesperada bomba que estalla. Siempre es la palabra justa (resultado de la interesante unión de la erudita cien-

tífica y la que escribe intuitivamente), un estilo que se moldea armoniosamente a la forma novelística dada, al ambiente, y al personaje.

Y así, imponiéndose al pesimismo que trae la guerra, este libro nos da el milagro del individuo que logra trascenderla y encontrar metas universalmente personales. El final — el cuaderno truncado y la autora protagonista desaparecida — deja en nosotros como un símbolo de una etapa irrevocablemente ida, algo así como lo que sucede con el *Don Segundo Sombra,* de Güiraldes (por cierto, el libro se cierra con un *Envío* a amigos argentinos).—WINSTON A. REYNOLDS.

UN CATALOGO HISTORICO Y LITERARIO DE LAPIDAS ESPAÑOLAS

A. G. M. M. posible director de este Catálogo.

Una de las más curiosas y acaso de las más encantadoras lecturas es la de los Catálogos, de aquellos en que Plon o Espasa, la Asociación para la Difusión del Pensamiento Francés o el Instituto del Libro nos ofrecen para hacernos saber que vuelve a estar en librería —nacía hace nada menos que un siglo —el Eugène Hantin, sobre la bibliografía histórica y crítica de la prensa periódica francesa o acaba de nacer un libro del maestro Américo Castro, esos catálogos que se merecían una loa como la de Pío Baroja a los caballitos del tiovivo verbenero.

Son lecturas que nos dicen dónde vamos a encontrar, si llegamos a tiempo claro está, el libro del *Manual del enfermo,* de Rafael Urbano, que se editara hace largos años por Beltrán, o los versos de Enrique Díez Canedo *La visita del sol,* que en casa de Pueyo —un librero generoso— aparecían por dos pesetas fuertes, cuando por una se podía almorzar. Corría el 1907, y todavía si bien el cáncer hacía de las suyas aún no había surgido de un modo generalizado entre los jóvenes la angustia vital.

Todo catálogo guarda en su fondo un interés, el de la situación de unos libros o el de la existencia de otros. Son a veces descubrimiento de Mediterráneos, pero en otras ocasiones son partes de cultura que vienen a ahorrar trabajo a los contendientes en la lucha por la misma.

Hace ya unos años que merced a una muy acertada gestión de